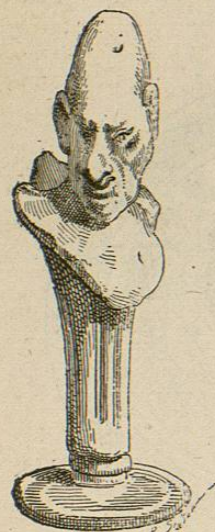
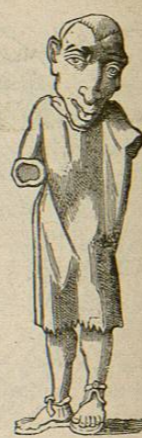


por no turbar la diversión del pueblo, que no se atrevía á pedir los cuadros vivos en presencia de tan severo personaje, saldrá del teatro antes de que se presenten las almeas (1). Las posturas y palabras de los mimos estaban al nivel de las danzas lascivas de las bailarinas, y más tarde aun vinieron á ser más indecentes.

Las fiestas de Anna Perenna, la diosa de la vida, eran ocasión de alegres reuniones en los prados, que baña el Tíber con sus eternas aguas (*perennes*). En estos festines, beber hasta perder la razón y recordar en versos licenciosos las equivocaciones ó engaños de Marte, tomando una diosa decrepita por la hermosa Minerva, era considerado como una obra piadosa, y el cuidado de cantar historia tan escabrosa correspondía á las jóvenes (2).



Maco (4)



Personajes de las Atelanas

Los grandes juegos romanos eran más antiguos, haciéndose remontar su institución al primer Tarquino, y consistían en carreras de carros y luchas al pugilato. Celebrábanse en el Circo Máximo, entre el Aventino y el Palatino, en honor de las tres divinidades polladas de Roma, Júpiter, Juno y Minerva, y los ciudadanos asistían á ellos, pero á diferencia de los griegos, no descendían á la arena, que se entregaba á los caballeros y á los carreteros de profesión (5).

Conviene notar el origen de los juegos públicos de Roma, los cuales se establecieron con la mira de aplacar á los dioses ó de obtener su favor (6); y será menester recordarlo para comprender cómo, aun en la época de los mayores excesos, conservaron siempre el carácter de las fiestas nacionales y religiosas. «Varrón, dice San Agustín, pone las cosas del teatro entre las cosas divinas (7).»

Los combates de gladiadores provenían igualmente de la

(1) Val. Max., II, x, 8; Mart., I, pr.  
(2) Ovid., *Fast.*, III, 675-676.

*Nunc mihi, cur cantent, superest, obscena puella,  
Dicere: nam coeunt, certaque probra canunt.*

(3) ...*Corona pudicitiae honorabantur.* (Val. Max., II, 1, 3.)

(4) *Macus*, tonto pícaro, gracioso grotesco: es el Polichinela antiguo. Figurilla de bronce del gabinete de Francia, núm. 3096 del catálogo de Chabouillet.

(5) Los ciudadanos sólo tomaban parte en las llamadas *Consualia*, carreras célebres en honor del dios Conso, del que más tarde se hizo el Neptuno ecuestre. Las *Equirias* (Fest., s. v. *Equiria*, y Varr., de *Lingua lat.*, VI, 13) eran probablemente carreras de caballos libres, á la manera de las de los *barberi* del Corso moderno.

(6) *Ludorum primum initium... procurandis religionibus datum* Tito Livio, VII, 3.

(7) *De Civit. Dei*, IV, 1.

El pudor natural de la mujer se espantaba, sin duda en algunas; pero los antiguos comprendían este sentimiento de un modo distinto que nosotros: no lo hacían consistir en la *santa ignorancia* de la doncella, sino en la fidelidad de la esposa. Lucrecia era el modelo de las matronas, y las nupcias únicas valían gran renombre de castidad á la mujer *uni-vira* (3). Siendo el fondo del paganismo el culto de la vida, venía á ser un deber y un acto casi religioso trasmitirla. Por todas partes se veía su símbolo demasiado expresivo, y sin que la virtud se turbara, se oían las alusiones que á él se hacían, ni más ni menos que en tiempo de los troveros y de Rabelais, de Moliere y La Fontaine, nuestras abuelas oían sin espanto muchas cosas que ahora nos escandalizan á nosotros.

idea religiosa de que los manes aman la sangre, antiquísima creencia, común en la antigüedad y subsistente todavía en los pueblos bárbaros.

Los griegos, que sacrificaban cautivos y esclavos sobre el sepulcro de sus héroes, renunciaron á esta bárbara costumbre, que reemplazaron con útiles simulacros de combates y una danza guerrera, la *pirrica*; los etruscos conservaron la sangrienta costumbre y la transmitieron á los romanos. El primer combate de gladiadores que se hubiera visto en Roma, fué el que dos Brutos sostuvieron en los funerales de su padre el mismo año en que comenzó la primera guerra Púnica (264).

## II. - CAMBIOS EN LAS COSTUMBRES, LA RELIGIÓN Y LA CONSTITUCIÓN.

Rica y poderosa ya Roma, quiso también ser hermosa, sin sacrificar demasiado á las Gracias. El coloso de Carvilio, la loba del Capitolio colocada el año 296 por los ediles en el monte Palatino cerca de la higuera Ruminal, y las pinturas de Fabio Pictor en el templo de la Salud (302), muestran que hasta las guerras Púnicas, el arte había permanecido sacerdotal, es decir, había servido sobre todo para la ornamentación de los templos. Los romanos, que todo lo tomaban de sus vecinos, fueron muy tardíos en tomarles el gusto de las bellas inutilidades del arte. Ellos se apoderaron de las estatuas de Veyos, de Volsena, de Siracusa, pero por sí mismos no las hicieron. Si para despertar patrióticos recuerdos, erigieron en el siglo v la estatua de Hermodoro, que había ayudado con sus consejos á los decenviros, y las de

los embajadores romanos degollados en Fidenas; en el iv y en el iii, las del augur Navio, Horacio Cocles y Clelio, de los reyes de Roma y de Bruto, artistas etruscos ó griegos, que no romanos, fueron los que las labraron, porque Rómulo y Tacio estaban desnudos como los héroes griegos.

Con el producto de las multas, ampliaban los ediles las calles de la antigua Roma, tan estrechas, que sólo las vestales y las matronas tenían el derecho de pasarlas en carro para las solemnidades religiosas, y desde el ejemplo dado por Apio, el audaz constructor de la Vía de su nombre y del primer acueducto romano, parte de los recursos del Estado se empleaban también en acabar los grandes trabajos de utilidad pública.

Después de la guerra de Pirro, Manio Curio había construído otro acueducto, y Flaminio, después de la derrota de los insubres, comenzó la segunda vía militar, la vía *Flaminia*, que partía de Roma para ir, allende el Apenino setentrional, á Arimino, al Adriático y á la Cisalpina: como la vía *Apia* debía conducir, al través del Apenino meridional, á Benevento, á Brindis y al mar Jonio (1). Con el tiempo, ambas á dos vías se flanquearon á una y otra mano de magníficos sepulcros, y el viajero que llegaba de las alegres ciudades de Campania, saludaba á los ilustres muertos de Roma antes de ver á sus cónsules y emperadores. Las prosaicas casas del Corso han reemplazado los sepulcros de la vía *Flaminia*; pero la vía *Apia* ha conservado parte de los suyos. En frente de estas ruinas, que encuadra tan bien el majestuoso horizonte de las montañas latinas, se olvida el lado vulgar de las costumbres de Roma, para no ver más que la severidad de su genio.

También se multiplicaban los templos. No todos los cónsules se asemejaban al parsimonioso Papirio, que el día de la batalla de Aquilonia, hubo de ofrecer á Júpiter una copa de buen vino, si las legiones salían victoriosas; «ofrenda, dice gravemente Tito Livio, que fué aceptada por el dios (3).» Siempre que un general se veía en aprieto, prometía edificar un templo á alguna divinidad, con tal de que le diera la victoria; por eso, Roma, la ciudad católica de las trescientas sesenta y cinco iglesias, ha tenido casi otros tantos templos paganos, cuando Júpiter reinaba en ella. Los paganos tenían á su disposición bastantes dioses para las dedicaciones, y cuando faltaban propios para las circunstancias del

caso, un epíteto añadido á un nombre hacía de un dios viejo otro dios recién nacido: Júpiter, Juno, Fortuna, etc. tuvieron así innúmeros sobrenombres. No sabemos si en ello ganaría mucho la piedad, pero la vanidad de las familias no perdía á buen seguro. Estos monumentos que recordaban sin cesar la gloria de los que los habían erigido, preparaban á ellos mismos y á sus hijos elecciones favorables. Cuando no hubo ya comicios en Roma, erigir un templo con una imagen divina, fué todavía en las ciudades del alto imperio el más seguro medio de granjearse el favor popular.

Los particulares ansiaban para sí mismos este lujo que en otro tiempo sólo se desplegaba para los dioses. El arte griego entraba en Roma, donde embellecía el vasto sepulcro que los Escipiones se hacían construir; y algunas casas, dice Floro, ostentaban ya el oro, la púrpura, las estatuas y todos los refinamientos del lujo tarentino. Con todo eso, estas palabras de templos y estatuas no han de darnos idea de una población donde la cultura tenía ya derecho de ciudadanía. En primer lugar, no hubo jamás arte romano, aunque hubiera habido más tarde magníficos monumentos inspirados por el genio de Roma. Y, cosa singular, la Roma cristiana no ha sido más fecunda en artistas (4); pero en la una y en la otra ¡cuántos hombres de gobierno! En segundo lugar, ciertos hechos arguyen también mucha rudeza. La introducción en Roma, hacia el año 300, de la costumbre griega de rasurarse la barba, no tiene ninguna significación. Pero vemos, poco después, que Papirio Cursor trae como objeto triunfal un cuadrante solar que hizo poner en una pared del templo de Quirino, y por ello hubo de admirarse mucho. Por desgracia, no habiéndose construído este *solarium* para la latitud de Roma, no señalaba la hora verdadera, y hasta al cabo de un siglo no se supo rectificar aquel ni hacer otro más exacto. Más tarde se esperó aún al año 159, para tener una *clépsidra* pública que señalara la hora así de día como de noche.

En 219, un médico griego, Arcagatos, vino á establecerse á Roma. Al principio fué muy bien acogido; se le con-

cedió el derecho de ciudadanía y consiguió que del tesoro público se le comprara una casa, donde pudiera asistir á los enfermos. No se le buscaba sino para fracturas y heridas, siendo las enfermedades internas de la competencia de los curanderos y de los dioses. Con esto se le llamaba el *Vulnerario*, es decir, el médico de las heridas. Estuvo Arcagatos algún tiempo de moda; pero después, como su terapéutica consistía casi exclusivamente en quemar las heri-



Atleta vencedor al pugilato (2)

caso, un epíteto añadido á un nombre hacía de un dios viejo otro dios recién nacido: Júpiter, Juno, Fortuna, etc. tuvieron así innúmeros sobrenombres. No sabemos si en ello ganaría mucho la piedad, pero la vanidad de las familias no perdía á buen seguro. Estos monumentos que recordaban sin cesar la gloria de los que los habían erigido, preparaban á ellos mismos y á sus hijos elecciones favorables. Cuando no hubo ya comicios en Roma, erigir un templo con una imagen divina, fué todavía en las ciudades del alto imperio el más seguro medio de granjearse el favor popular.

Los particulares ansiaban para sí mismos este lujo que en otro tiempo sólo se desplegaba para los dioses. El arte griego entraba en Roma, donde embellecía el vasto sepulcro que los Escipiones se hacían construir; y algunas casas, dice Floro, ostentaban ya el oro, la púrpura, las estatuas y todos los refinamientos del lujo tarentino. Con todo eso, estas palabras de templos y estatuas no han de darnos idea de una población donde la cultura tenía ya derecho de ciudadanía. En primer lugar, no hubo jamás arte romano, aunque hubiera habido más tarde magníficos monumentos inspirados por el genio de Roma. Y, cosa singular, la Roma cristiana no ha sido más fecunda en artistas (4); pero en la una y en la otra ¡cuántos hombres de gobierno! En segundo lugar, ciertos hechos arguyen también mucha rudeza. La introducción en Roma, hacia el año 300, de la costumbre griega de rasurarse la barba, no tiene ninguna significación. Pero vemos, poco después, que Papirio Cursor trae como objeto triunfal un cuadrante solar que hizo poner en una pared del templo de Quirino, y por ello hubo de admirarse mucho. Por desgracia, no habiéndose construído este *solarium* para la latitud de Roma, no señalaba la hora verdadera, y hasta al cabo de un siglo no se supo rectificar aquel ni hacer otro más exacto. Más tarde se esperó aún al año 159, para tener una *clépsidra* pública que señalara la hora así de día como de noche.

En 219, un médico griego, Arcagatos, vino á establecerse á Roma. Al principio fué muy bien acogido; se le con-



Loba del Capitolio (5)

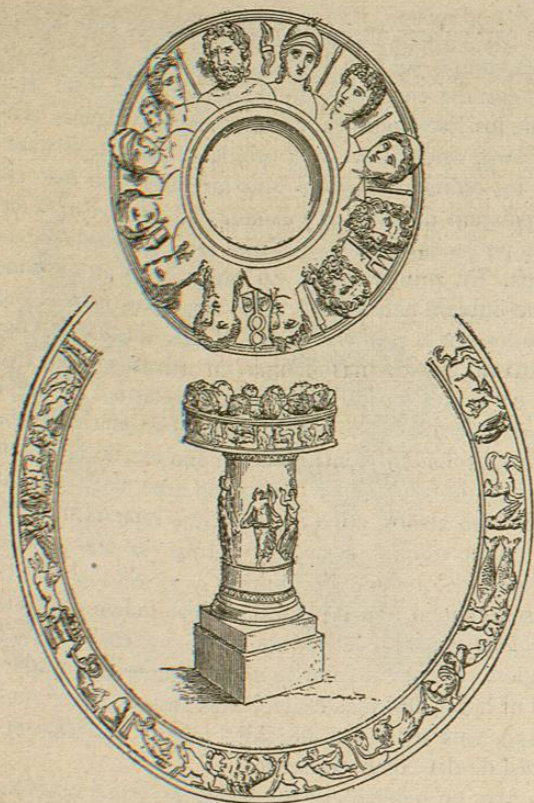
cedió el derecho de ciudadanía y consiguió que del tesoro público se le comprara una casa, donde pudiera asistir á los enfermos. No se le buscaba sino para fracturas y heridas, siendo las enfermedades internas de la competencia de los curanderos y de los dioses. Con esto se le llamaba el *Vulnerario*, es decir, el médico de las heridas. Estuvo Arcagatos algún tiempo de moda; pero después, como su terapéutica consistía casi exclusivamente en quemar las heri-

(4) No ha producido más que á Julio Romano.

(5) Este grupo existe aún; es una obra etrusca, aunque los dos gemelos parecen de época posterior.

das y en amputar los miembros rotos, se acabó por tratarlo de verdugo, y toda la ciudad declaró inútiles á los médicos.

Tal era el parecer de Catón el Antiguo, que creía en los remedios de las curanderas y nos dejó muchas recetas que no hubieran desdichado nuestros últimos hechiceros de aldea. En sus consejos á su hijo, dice: «La raza griega es muy viciosa, y, cree esto como palabra de oráculo, con su literatura lo echará á perder todo en Roma. Mucho peor será si



Cuadrante solar ó altar astrológico de Gabias (1)

nos envía sus médicos, los cuales han jurado entre sí matar á todos los bárbaros con sus medicinas; y se hacen pagar á alto precio para granjearse nuestra confianza y emponzoñarnos más fácilmente. Recuerda, hijo mío, que te prohíbo los médicos.»

«Catón pensaba sin duda, añade Plinio, que el servicio medical debía hacerse *gratis omnino*, y por eso los romanos, llamando y todo á Esculapio, lo relegaron á un templo edificado *extra muros*, en la isla Tiberina (2).»

(1) Monumento único en su género, encontrado en Gabias en 1792. Consta de dos partes independientes: 1.ª una *patela* ó plato hondo, en cuyo contorno están esculpidas las cabezas de las doce divinidades del Olimpo. 2.ª Esta *patela* está colocada en el centro de una mesa circular, á cuyo perímetro se ven los doce signos del Zodiaco con el emblema de la divinidad que preside á cada uno de los meses del año. La cavidad del centro de la mesa servía para un cuadrante solar, que conserva aún indicios de las agujas ó saetas que indicaban las horas, simbolizadas por las doce divinidades. Sin duda ninguna se hizo este precioso monumento para Roma, pues el dios Marte está en él representado por la *loba*, y el diámetro de la patela es un *cubitus* (0,74), medida de longitud de los romanos. Las divinidades están colocadas en el orden siguiente: Júpiter, Venus, Marte (entre estos dos un amorcillo), Diana, Ceres, Vesta, Mercurio, Vulcano, Neptuno, Juno, Apolo y Minerva. Véase Frohner: *Noticia de la escultura antigua* del Museo Nacional del Louvre, t. I, p. 9-14.

(2) *Hist. nat.*, XXIX, 6-8. Habíase dado á este islote del Tíber la forma de un barco, según dijimos en otro lugar, y todavía pueden verse esculpidas en su proa de piedra la varita de Esculapio y la serpiente

Había también necesidades desconocidas en otro tiempo y que anunciaban que las condiciones económicas de la sociedad iban cambiando. En 268, se había acuñado moneda de plata, y en 207 será menester acuñar moneda de oro (3). El dictador Furio (350) erigió un templo á Juno Moneta en el Capitolio en el mismo sitio donde fué arrasada la casa de Manlio. Durante la guerra de Pirro, se le añadió una oficina monetaria, y la *buena consejera* vino á ser la protectora de los monederos, lo que no puede sorprender en un país donde Júpiter Hercio, el protector de la propiedad, tomó también el sobrenombre de *Pecunia*, el dios del lucro (4).

En fin, después de mucho tiempo, los argentarios ó banqueros (*argentarii*) llenaban el Foro y, otro signo de los tiempos, los nobles habían olvidado tan completamente las antiguas preocupaciones contra el comercio, que hubo de prohibirse por una ley á los senadores tener en la mar un barco con más de 300 ánforas. Esta prohibición vino á favorecer los negocios de los libertos y de los *erarios* que pudieron entonces acaparar todo el comercio de la república. Desde que fué un demérito vergonzoso la usura, ellos eran los que vivían casi exclusivamente de este lucrativo oficio. En otro tiempo el propietario cargado de deudas permanecía en su clase; pero á partir de la ley Petelia (326) el acreedor se hizo pagar el bien lo que había recibido en prendas: de modo que ganaba á la vez el interés de su dinero y consideración pública, como quiera que su condición social subía á proporción de lo que bajaba la de su deudor. Las grandes guerras en que Roma se hallaba á la sazón empeñada, todavía aumentaron la influencia de los hombres de negocios, los cuales se hicieron asentistas ó proveedores de los ejércitos, y entendiéndose entre sí, formaron una especie de gremio temible hasta para el senado. Mas adelante veremos la insolencia del abastecedor Postumio, de Pírgi, y los miramientos del senado, que no quería disgustar al gremio, *qui ordinem publicanorum offensum nolebant*.

Síntomas enojosos revelaban los peligros que la conquista del mundo había de hacer correr á las costumbres romanas. Trece senadores fueron degradados por los censores del año 252; y un general, Papirio Mato, á quien negara el senado la ovación por sus victorias en Cerdeña, había ido á triunfar al monte Albano cerca de otros dioses que no eran los del Capitolio. Algunos patricios renunciaban á las severas formalidades del matrimonio por *confarreatio* adoptando el enlace por compra, por *coemptio*; era en cierto modo el matrimonio civil sustituyendo al matrimonio religioso. Valerio Máximo supone que causó indignación el divorcio de Carvilio Ruga (233). Aquí no hay ningún síntoma de la relajación de las costumbres: Carvilio había jurado ante los censores que al repudiar á su mujer estéril no se proponía otra cosa sino dar ciudadanos á la república. Muchos otros antes que él habían dicho á su mujer la fórmula del repudio: «Toma lo que te pertenece y devuélveme las llaves;» porque en una sociedad en que el marido tenía derecho de vida y muerte sobre su mujer, debía tener también el derecho de divorcio, que por otra parte le reconocían las Doce Tablas (5). Fué mucho tiempo después de la época de que tratamos, cuando multiplicándose los repudios, introduje-

enroscada en ella. En cuanto al templo, se han encontrado en sus ruinas multitud de pies, manos, etc., es decir ex-votos, como los hay en nuestras iglesias.

(3) Plin., *Hist. nat.*, XXXIII, 3. Los denarios de plata acuñados en 268 valían 10 ases de bronce.

(4) S. Agust., *de Civit. Dei*, VII, 12.

(5) Cic., *Phil.*, II, 28. La ley Scantinia para reprimir excesos monstruosos es de fecha desconocida. Existía en tiempo de Cicerón (*ad Fam.*, VIII, 12), pero no creo que existiera dos siglos antes.

ron el desorden en las familias. Finalmente las severidades de Camilo contra los célibes, renovadas por los censores de aquel mismo año, son menos una medida de orden moral que de orden militar.

La religión conservaba su carácter de culto interesado. No daba á luz ni cuerpo de doctrina, ni enseñanza moral (1); ni tenía más que un objeto, conocer la voluntad de los dioses para procurar doblegarla. Pero luego que los augurios, abandonados á los plebeyos, dejaron de ser un instrumento político, perdieron mucho de su autoridad. Aquellos dioses habían defraudado tantas veces las esperanzas de sus devotos, que no eran ya pocos los que dudaban; y los sacerdotes procuraban conjurar los efectos de esta duda, suavizando la antigua severidad. El ritual prescribía cesar en todo trabajo los días feriados so pena de profanación: pues el que tenía interés en ello se sustraía á estos rigores con hábiles interpretaciones. «¿Qué es lícito hacer los días feriados? preguntase al pontífice máximo Escevola. — Todo aquello que no puede nadie descuidar sin daño.» El piadoso Virgilio dirá: «Nada impide bañar el ganado en el agua saludable del río. Y Varrón: «No importa en la guerra distinguir los días fastos y nefastos.» En efecto Fabio *Cunctator* va á declarar que todo lo que sirve á la república, se hace bajo buenos auspicios; todo lo que le es contrario bajo auspicios funestos. Y Flamio lo arrostrará audazmente.

Los *signos* habían sido un continuo objeto de preocupaciones y terrores, y Marcelo, que será cinco veces cónsul y ya es augur, salva su carácter sacerdotal diciendo: «Cuando medito una empresa, cierro mi litera de modo que no pueda ver los auspicios contrarios.» Los teólogos de Roma, tan complacientes, como otros lo han sido para nosotros, establecerán que cuando el signo no se ha pedido á los dioses, queda uno en libertad de tomarlos ó no en cuenta; y Plinio juzga que esta libertad es el mayor de los favores que los dioses hayan concedido al hombre. Desde Pascal, damos un nombre particular á esta manera de interpretar las leyes religiosas; es de todos tiempos, porque está en la naturaleza humana.

Seguramente se cuentan aun muchos creyentes: el pontífice máximo Metelo acaba de perder la vista por salvar de las llamas el Paladión, acto por otra parte más político que religioso. Pero lo que queremos demostrar es que hay incrédulos, como aquel Claudio que hizo tirar á la mar los pollos sagrados, y su colega Junio que se desdichó de consultarlos. Ennio se atreverá á decir muy luego: «Sin duda ninguna creo que los dioses existen; pero no se cuidan ellos de las cosas de este mundo.» Y muchos aplaudirán las palabras de Ennio (2).

Hay también indiferentes, como los Poticios, que confían á esclavos el cuidado de los sacrificios de Hércules, y se abandonan los antiguos ritos. «En tiempo de la segunda guerra púnica, dice Tito Livio, no se hacían ya sacrificios públicos ni domésticos, según el uso antiguo, sino solamente á la usanza extranjera (3).» Las antiguas deidades italiotas habían perdido crédito y la piedad se volvía hacia los nuevos dioses. Desde la época de los decenviros, una divinidad griega, Apolo, se había introducido en Roma, no como inspirador de las musas, pues los romanos no ponían las miras tan altas, sino á título de dios útil que aleja las enfermedades. En 429, le fué consagrado un templo en ocasión de

(1) *Sacra minus ad homines meliores faciendos quam ad voluntatem deorum conciliandam spectabant.* (Holt., *Hist. jur. Rom.*, pág. 12.)

(2) Cic., *de Div.*, II, 50... *Magno plausu assentiente populo.*

(3) Tito Livio, XXV, 1. En 212 el senado mismo decretó que se sacrificara á Apolo *græco ritu*. (Ibid., 12.) Y muchas veces envía á Delfos á consultar los oráculos.

una peste que había diezclado la población (4), y en el momento de los mayores peligros de la segunda guerra púnica, se creará que el medio más seguro de vencer á Anibal será consagrar juegos Apolinarios al *dios que salva, deo sospitali*. En 293, á consecuencia de otra peste asoladora, fueron embajadores á pedir á Epidauro la serpiente de Esculapio (5), imagen y genio á la vez del dios que parecía encarnar en ella. «Nuestros vigilantes pontífices, al consultar los libros sibilinos, dice Valerio Máximo, hallaron que el único medio de devolver á Roma la salud era hacer venir de Epidauro á Esculapio mismo. La república, cuya autoridad era ya inmensa en el mundo, se persuadió de que obtendría por medio de una embajada, el único remedio indicado por los destinos. El éxito correspondió á la esperanza. Luego que fueron llegados, se les condujo al templo de Esculapio, que está situado á tres millas de la ciudad, y se les invitó á que tomaran todo lo que creyeran útil á la salud de su patria. El dios ratificó la palabra de los mortales, porque la serpiente, que rara vez se mostraba á los epidauros y siempre para asegurarles algún suceso feliz, salió á recorrer los cuarteles ó distritos más frecuentados de la ciudad. Después de haberse ofrecido así, por espacio de tres días, á la religiosa admiración de la multitud, se dirigió á la galera romana, revelando en sus alegres movimientos su deseo de una residencia más gloriosa. Entró en el barco á presencia de los espantados marineros, penetró en la cámara del embajador Q. Ogulnio, y enroscándose en numerosos anillos, permaneció allí en completa tranquilidad.

Los embajadores en el colmo de su satisfacción, dieron gracias á los dioses, y después de informarse de la manera de honrar á los dioses, se dieron prisa á salir de Epidauro. Una feliz navegación les permitió llegar muy luego á Anicio. Allí, salió del barco la serpiente y se dirigió hacia el vestíbulo del templo de Esculapio, donde se alzaba una palmera, cuya copa dominaba majestuosamente un frondoso mirto. Enroscóse al tronco del árbol y allí estuvo tres días, durante los cuales se le llevó su alimento. Los embajadores temían que no quisiera ya volver al barco; pero dejando luego la hospitalaria mansión del templo, volvió á su primer sitio para que la trasportaran á Roma. En fin, apenas los diputados pusieron el pie en la margen del Tíber, cuando la serpiente se dirigió á nado á la isla, donde le fué dedicado luego un templo. Su llegada dispuso la horrible peste contra la cual se había implorado su auxilio.

En la isla del Tíber había ya un santuario de Fauno, que como Esculapio daba oráculos enviando sueños; y los oráculos de la vieja deidad latina no debían ser sino recetas para curar bestias. La residencia del dios de Epidauro estaba pues designada de antemano; pero la imaginación popular no podía admitir que hubiera entrado en Roma simplemente; de aquí las maravillosas circunstancias que acabamos de referir.

Esta narración forma parte de la historia romana y aun de la historia del espíritu humano, porque el espectáculo de esta extraña superstición en un pueblo tan prudente en el consejo y tan resuelto en la acción, que no confiaba nada al azar, es decir, á la providencia de sus dioses, y parecía pedirselo todo, prueba que no hay edad del mundo en que

(4) Siendo entonces Apolo un dios extranjero, su templo fué edificado extramuros, cerca de la puerta Carmental, como el de Esculapio fué relegado á la isla Tiberina.

(5) La serpiente que se desliza bajo la hierba, después de su invernal, y se despoja de vieja piel para tomar otra nueva, era para los antiguos el animal prudente que conocía los simples de que se sacan los jugos medicinales y el símbolo del renacimiento después de la enfermedad.